

Una monarquía española es imposible

Viernes, 5 de noviembre de 1937

Entre las facilidades negativas para la paz en España, hay otra bastante importante: el problema de la vuelta del régimen monárquico no puede ser planteado razonablemente. La prueba de ello es que tal eventualidad fue, no solamente olvidada, sino claramente excluida y desaprobada en las primeras declaraciones públicas y solemnes de los jefes nacionalistas, al principio de la guerra civil.

Es verdad que se ha hablado desde entonces de la hipótesis siempre lejana de una restauración; pero con la preocupación de no perder la ayuda de los monárquicos, por un brutal rechazo, con la preocupación más meditada aún de no crear unas ilusiones que se saben irrealizables.

Se podrá añadir que incluso esas ambigüedades retrasadas sobre la posibilidad —planteada más bien que admitida— de una restauración, fueron el efecto de la prolongación inesperada de la lucha. Había, sin duda, desde el primer momento, entre los nacionalistas, partidarios decididos de la monarquía, pero debían callarse no sólo por prudencia, sino también por la necesidad de renunciar a toda esperanza.

Entonces, si la cuestión del régimen ha sido después planteada, fue a consecuencia de las torpezas evidentes, de las faltas graves cometidas, de las pesadas responsabilidades históricas, en que incurrieron los fanáticos de la extrema izquierda, que dentro y fuera de España han prolongado la guerra, han llevado la nación hacia el abismo, y han ayudado a la violencia de la reacción al interior y la influencia del fanatismo en el exterior.

Dejando de lado esas responsabilidades, si incluso la discusión del problema monárquico no había podido ser fácilmente apartada, conviene examinar cuál podría ser la suerte de una restauración colocándonos a través de la imaginación en la hipótesis y en el pensamiento de un éxito derechista. Entonces el plan de una restauración sería aún peor que la torpeza o la imprudencia; sería una locura rozando la catástrofe si por casualidad eso fuese realizable durante un momento sin porvenir.

No es necesario hacer una consulta popular en España para conocer el veredicto sobre el problema de la restauración: la elección está hecha, con escrutinio claro, empate imposible y mayoría aplastante contra toda maniobra monárquica. Contra ésta se alzan todos los elementos partidarios del gobierno de Madrid-Valencia-Barcelona... y están reforzados, en ese efecto solamente, en la zona de Salamanca por contingentes masivos que comprenden: 1º) las fuerzas republicanas que se han opuesto a la anarquía y a la revolución social; 2º) los elementos no encuadrados en los partidos que por el juego oscilatorio de sus excesos cubrirían la tendencia liberal, después del restablecimiento del orden, evidentemente comprometido y amenazado por la aventura de una restauración; 3º) los militantes no monárquicos o fascistas, que trajeron la unanimidad o la fácil adhesión de muchas guarniciones y para los que una tentativa monárquica, entonces no convenida, no sería legal; 4º) la mayor parte de los adheridos a «falange» que no son fascistas, que son evidentemente republicanos de izquierda o sobre todo de extrema izquierda, por muy paradójico que parezca.

Toda esa gente formaría, al día siguiente de una pasajera restauración, una mayoría ferozmente hostil e irritable.

Incluso la débil minoría monárquica está más dividida que la mayoría de la Asamblea nacional francesa de 1871, aquélla que estuvo sin embargo obligada a votar por la República. En España, hay, para un trono vacío y no restaurable, casi una docena de candidatos. Hay también un abismo de ideología, que no podemos colmar, entre los «Requetés» –la principal fuerza de choque monárquica– y los antiguos servidores de la dinastía destituida.

La vida humana y el derecho que la rige son el resultado combinado de la voluntad, que falta para una monarquía, y la necesidad, que condena aquélla con más fuerza. La monarquía española está desarraigada. Hace ya tiempo, durante un siglo y medio, después de la muerte de Carlos III, los otros cinco reyes conocieron el exilio, y cuatro (Carlos IV, Fernando VII, Isabel II, Alfonso XIII) tuvieron que abdicar, el otro, Alfonso XII, falleció antes de la treintena.

La dinastía se muestra desde luego incapaz de asegurar la ventaja, única o principal –rodeada siempre de inconvenientes–, que la monarquía hereditaria puede ofrecer: un orden sucesorio fijo, regular, indiscutible.

Los monárquicos más sinceros de España serían los primeros en apartar, por lealtad y devoción, la aventura monárquica. La gran dificultad y la gran gloria de la República española ha sido asegurar a la dinastía un fracaso tan merecido coma pacífico. Yo conozco mejor que nadie esa tarea, que fue en

parte mi esfuerzo personal. Pero hay algunas suertes que no debemos poner a prueba cada día. El interés conservador sabría sin duda, por poco que haya reflexionado, apartar el peligro para el orden.

Ese interés conservador podrá pedir, como justo título, que haya un eclipse autoritario en el funcionamiento de un régimen parlamentario, que además se había mostrado exagerado e impracticable con la Cámara única. Pero en esa vía el interés nacional y el interés republicano marchan delante, porque hay que reconocer que el pueblo español, después de la guerra civil, no se encontrará en las circunstancias «de pueblo superior» para el ejercicio de la libertad, de «aristocracia» democrática, de «élite» política que nuestro sabio amigo, el profesor Mirkine-Guetzévitch, declaraba necesarias para alcanzar y merecer ese régimen, en su excelente informe presentado, tan aplaudido, con ocasión de la última sesión del instituto internacional de derecho público. Es por mi parte un doloroso testimonio, pero la vuelta a la monarquía sería una locura peligrosa.

Confirmada la República, después de la guerra civil, el problema del régimen está resuelto definitivamente mientras que la monarquía restaurada, si eso fuera posible, sería la amenaza constante de otra revolución, seguida de otro periodo de constituyentes.